

los valetudinarios y viejos con el de los jóvenes y de la edad madura, y se evitaba el descontento y la zozobra. Después se les asociaron monjes y curas. Inocencio III les dió la regla de san Benito modificada. Gregorio IX suavizó la rudeza de los trabajos con motivo de los rigurosos ayunos de los Humillados, que ya en 1246 tuvieron un gran maestro. La actividad y pureza de costumbres que les distinguía les mereció el respeto general; y algunas veces la voz pública los llevó á funciones eminentes. Sin embargo, como en lo sucesivo las preocupaciones mundanas invadieron la Orden, fue suprimida por Pio V en 1571.

### § CCXLVI.

#### *Las tres grandes Órdenes militares y religiosas.*

Segun Tácito, la caballería ya formaba entre los germanos el principal cuerpo del ejército. En tiempo del régimen feudal, y sobre todo en el de los Carlovingios, los grandes propietarios, que servían á caballo, formaban una clase aparte y distinta de los plebeyos. La Iglesia hubo de apelar á todas sus fuerzas para poner límites á los desafíos de los caballeros y á la barbarie de sus torneos; y con las Cruzadas llegó á dar á la caballería una direccion mas útil y mas noble. En lo sucesivo, para ser admitido en sus filas se habia de manifestar que se conocia perfectamente el uso de las armas, y que se tenia una conducta cristiana. Efectivamente, desde la primera Cruzada, los que hubieron alcanzado una indisputable reputacion de valor, sin incurrir en acto alguno deshonoroso hasta la edad viril, tomaron un puesto superior en su propia clase (*milites equites*) y recibieron una especie de iniciacion precedida de un juramento público y solemne. Desde entonces los caballeros fueron tanto mas considerados, en cuanto se atribuyó á su prudencia, no menos que á su audacia, el feliz éxito de la Cruzada. Este noble ejemplo despertó en los que no habian tomado parte en la empresa un deseo heroico de señalarse con proezas análogas, y creó esas brillantes asambleas de la caballería, que tan vasto campo dieron á la imaginacion y á la poesia. El Occidente se lanzó á una nueva carrera, como en otro tiempo la Grecia á los juegos

de Nemea y de Corinto. Después, cuando el entusiasmo religioso alimentado por las Cruzadas estuvo apagado, y las mujeres y jóvenes asistieron á los torneos, entonces un nuevo vuelo, pero facticio, empujó al caballero á velar en las carreteras y á proteger los trabajadores para agradar á su dama; pero privó á la institucion de su verdadera dignidad. Así cayó poco á poco la caballería, y reaparecieron los bárbaros combates de los primitivos tiempos.

Las Órdenes militares combinan en su organizacion la existencia del religioso y la del guerrero. El pensamiento fundamental del primero es renunciar á su propia voluntad, sea elevándose por la contemplacion hasta á las cosas eternas, sea amoldándose en el amor divino por la consagracion de su vida al servicio del prójimo. Las Órdenes militares fueron producidas por esta última idea, y añadieron á los tres votos monásticos el de hacer la guerra á los infieles. El régimen feudal estaba fundado en la posesion del feudo por el hijo mayor, y los otros hijos pudieron hallar en la nueva Orden una posicion conveniente, adecuada á su rango y santificada por la Religion.

En los tiempos en que florecia el califato del Cairo, muchos mercaderes de Amalfi construyeron una iglesia en Jerusalem bajo la invocacion de la santa Virgen en 1048. Poquito á poco asociaron á ella un hospital, luego otro para los peregrinos. Los que los servían bajo Gerardo, tomaron el nombre de *Hermanos hospitalarios de san Juan Bautista* en 1099. Su sucesor Raimundo de Puy añadió en 1118 á los deberes de ofrecer hospitalidad y cuidar de los enfermos, el de hacer la guerra contra los infieles. Mas tarde se establecieron nuevas divisiones, hubo sacerdotes, caballeros y hermanos sirvientes, gobernados por un gran maestro, comendadores y capítulos de caballeros. Esta organizacion fue sancionada por Inocencio II, que permitió á los Hospitalarios el uso de una cruz blanca en el pecho y otra roja en el estandarte<sup>1</sup>. Los caballeros de san Juan conservaron siempre una reputacion digna

<sup>1</sup> *Willelmus Tyr.* lib. I, 10; XVIII, 4 sq. *Jacob. de Vitriaco*, Hist. Hieros. c. 64; *Statuta ord. Holsten.* t. II, p. 444 sq. Privilegia, *Mansi*, t. XXI, p. 780 sq. (*Vertot*) Historia de los caball. hospital. de san Juan. Par. 1726, 4 t. in 4; 1761, 7 t. *Hurter*, t. IV, p. 313. *Ganger*, Órdenes de caballería de Jerusalem, ó los Malteses, segun documentos inéditos y auténticos. Carlsr. 1844.

de su vocacion; pero agobiados por los sarracenos, se retiraron á Rodas en 1310, y finalmente á Malta en 1530.

En el momento que los Hospitalarios se encargaban así de hacer la guerra á los infieles, nueve caballeros á las órdenes de Hugo de los Paganos (*magister militiae*), añadian á su voto ordinario los de la Religión, y el rey Balduino II les dió su palacio para habitarlo. Estaba colocado en el propio lugar en que estuvo edificado el antiguo templo de Salomon, y de ahí vino que se dió á la nueva milicia sagrada el nombre de Templarios (*pauperes commilitones Christi templique Salomonis*). Con todo, la nueva Orden iba á morir al nacer, cuando algunos de sus miembros fueron á Francia para presentarse al concilio de Troyes en 1127 y pedirle una regla. Gracias á la intervencion de san Bernardo, les fue señalada por Honorio II la obligacion de defender á los peregrinos contra los malhechores que infestaban los caminos. Su vestido fue muy sencillo: una capa blanca con una cruz roja <sup>1</sup>. Los Templarios, poderosamente sostenidos por el Occidente, hicieron los mas grandes servicios á la cristiandad contra los turcos y sarracenos. Cuando fue quitada Ptolemaida á los cristianos, se establecieron en la isla de Chipre, y poco despues volvieron á Europa, donde se fijaron en las inmensas posesiones que habian adquirido como asociacion general de la nobleza, y París fue el centro de la Orden.

Los hermanos Hospitalarios ofrecian sus cuidados á los peregrinos de todas las naciones; pero á menudo les era imposible hacerse entender por los alemanes. Esta circunstancia hizo concebir en 1128 la idea de edificar un hospicio germánico, que estuvo sujeto á la inspeccion del gran maestre de san Juan de Jerusalem. Pero como, á pesar de esta mejora, los peregrinos alemanes fueron descuidados durante el sitio de Accon, los paisanos de Brema y de Lubek formaron en la ciudad Santa un nuevo establecimiento nacional, al que

<sup>1</sup> *Willelm. Tyr.* XII, 7. *Jac. de Vitriaco*, c. 65. *Bernardi Tract.* de nov. militia, sive Adhortatio ad milit. Templi; regula en *Holsten.* t. II, p. 429 sig. *Mansi*, t. XXI, p. 305 sig. *Münter*, Estatutos de la Orden de los Templarios, Berl. 1794. *Dupuy*, Hist. de los Templarios, Par. 1630; Brux. 1751, en 4.º *D'Estival*, Hist. crit. y apolog. de los caballeros del Temple. Par. 1789, 2 vol. en 4.º *Helyot*, t. VI. *Wilcke*, Hist. de los Templ. Lips. 1826-35. *Addison*, Hist. de los caballeros Templarios. Lond. 1841. Tocante á la polémica suscitada cuando la Orden fue suprimida, véase § 266.

pronto se asoció el primero. Tal fue el origen de la Orden Teutónica, tambien bajo la invocacion de la santa Virgen, cuyo primer jefe fue Walpot de Bassen (1190) y cuyo vestido consistia en una capa blanca con cruz roja <sup>1</sup>. No se tardó en obtener la doble confirmacion de Clemente III y de Enrique VI. Luego tuvo la Orden dos mil miembros; y cuando Damieta fue tomada con su ayuda en 1219, se les concedió tierras en Prusia en 1226 con el encargo de proteger á los cristianos de estas comarcas contra las incursiones de sus vecinos idólatras. Diferentes ciudades debieron la existencia á estos caballeros; entre ellas tenemos Marienwerder, Thorn, Culm, Rheden, Elbing y Königsberg (1232-55). Despues de la pérdida de Accon el gran maestre residió algun tiempo en Venecia, desde donde trasladó su permanencia á Mariemburgo en 1309. La Orden de los *Portaespadas*, que se levantó en 1202 en Lituania, se reunió treinta y cinco años despues á la Orden Teutónica <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> *Jac. de Vitriaco*, c. 66. *Hennig*, Estatutos de las Órdenes alemanas. Königsb. 1806. *Petri de Duisburg* (hácia 1236) *Chronic. Pruss. sive Hist. Teut. ord.* ed. *Hartknoch*. Ienae, 1679, in 4. *Duell* Hist. ord. equit. Teut. Vien. 1727, in fol. *Voigt*, Hist. de Prusia hasta la caida de las Órdenes alemanas. Königsb. 1827, 9 vol.

<sup>2</sup> *Pott*, de Gladiferis, sive Fratibus milit. Christ. Erlang. 1806. Véase § 263-264.

§ CCXLVII.

*Órdenes mendicantes.—San Francisco de Asis.—Santo Domingo.*

FUENTES.—Vita S. Francisci por *Thom. de Celano* en 1229, despues completada, en 1246, por *Leo Angelo y Rufino*, sobre todo san *Buenaventura*. (*Bolland. Acta SS. mens. oct. t. II, p. 633 sq.*). Regula en *Holsten-Brockie*, t. III. Cf. *Luc. Wadding*, Ann. minor. 1540. Lugd. 1625 sq. 8t. in fol. 1564; Rom. 1731, 19 t. in fol. *Ed. Vogt*, san Francisco de Asis, ensayo histórico. Tubinga, 1840. *E. Chavinde Malan*, Hist. de san Francisco de Asis (1182-1226). París, 1841. Cf. *Hurter*, t. IV, p. 249-82.

Vita S. Dominici, por sus sucesores *Jordan y Humberto*, quinto general. (*Bolland. Acta SS. mens. august. t. I, p. 358 sq.*). Constitut. frat. ord. Praedicator. en *Holsten*. t. IV, p. 10 sq. *Ripoli et Bremond*. Bullar. ord. Praed. 1737 sq. 6 t. in fol. *Mamachii* aliorumque ann. ord. Praed. Rom. 1746. *Lacordaire*, Las Órdenes religiosas y nuestro tiempo. París, 1839. *Idem*, Vida de santo Domingo. *Hurter*, t. IV, p. 282-312.

Esta época tan fecunda en instituciones de todo género produjo tambien en las Órdenes mendicantes una especie de caballería puramente espiritual, mas heróica todavía que la primera, y que, única en la historia, llenó de la manera mas admirable la mision mas difícil. Muchas causas contribuyeron á su establecimiento: los peligros de la Religion amenazada en medio de sus triunfos; las necesidades del pueblo, que deseaba con ardor guias animados de un espíritu apostólico, que no hallaba en el Clero secular; la audacia de los Cátaros y de los Valdenses, que por todas partes esparcian sus místicos sueños, y finalmente la intervencion general de los monjes en la educacion del pueblo y direccion de las almas. Todo se aunaba, pues, para formarse una nueva Orden, que siendo superior á las sectas en la austeridad, en el espíritu de abnegacion y de penitencia, tenia que destruir con el hecho las objeciones de los herejes, y levantar en su presencia una verdadera caballería espiritual. Una vez manifestado este pensamiento, produjo el de extender la esfera de la actividad monástica y de combinar los deberes del monje y del cura, á imitacion de lo que acababa de suceder con las Órdenes militares. Á principios del siglo XIII se ocuparon en este problema dos espíritus igualmente eminentes; los dos tuvieron en lo sucesivo relaciones amistosas,

aunque cada uno de ellos resolvió la cuestion de una manera diferente <sup>1</sup>.

Francisco de Asis nació en el año de 1182 de un rico negociante en la ciudad de Asis, en los Estados pontificios. En medio de los placeres y caprichos de la juventud, Francisco conservó la verdadera nobleza de alma, y se manifestaba compasivo y generoso hasta la prodigalidad. Una larga enfermedad, junto con terribles angustias espirituales, le hizo abandonar su vida fútil y ligera, y se retiró á una caverna solitaria en donde vivia escondido y entregado á la oracion. En 1208 oyó un dia leer el pasaje del Evangelio, en que Nuestro Señor envía sus discípulos en medio de los hombres sin oro, ni plata, ni baston, ni alimentos para el viaje <sup>2</sup>. Estas palabras conmovieron al jóven Francisco y le excitaron una inmensa alegría. «¡Hé aquí, exclamó, el objeto de mis votos, y á qué aspira mi corazón!» Á pesar de sus riquezas, se sintió al instante en una verdadera desnudez de todas cosas, y concibió el proyecto de una asociacion, cuyos miembros serian destinados á recorrer el mundo predicando la penitencia como los Apóstoles. Mas esta conversion repentina le atrajo el desprecio de sus compatriotas y la maldicion de su propio padre. Sin embargo, algunos espíritus le respetaron al ver tanta santidad, tanto desprecio al mundo, y esa sincera humildad asociada á un amor exclusivo á Dios y con una rigurosa imitacion de la vida indigente del Salvador. Muy luego se le asociaron algunas personas para aspirar á la misma perfeccion. Un largo vestido pardo con una capilla encima y una cuerda para ceñir los riñones fue el sencillo y noble vestido de los asociados. Entre tanto las recomendaciones del obispo Guido de Asis y del cardenal Juan de San Pablo hicieron que Francisco pudiese acercarse al grande pontífice Inocencio III, quien le preguntó: «¿De dónde sacaria la subsistencia necesaria?—He puesto mi confianza en mi Señor Jesucristo, respondió el Santo: el que nos promete la gloria y la vida eterna no nos negará el alimento del cuerpo.—Vaya V. con Dios, querido hijo, dijo Inocencio, y á

<sup>1</sup> «El uno estaba rodeado de todo el brillo de un Serafin (Francisco); el otro marchaba en la santidad y sabiduría rodeado del brillo de un Querubin (Domingo).» *Dante*, *Parad. XI, v. 38-40.*

<sup>2</sup> *Matth. x, 8-10.*

«medida que él os instruirá, predicad á todos la penitencia. Si el Señor se digna aumentar vuestro número y la gracia en vuestros corazones, participádnoslo; entonces os concederémos con más seguridad mayores favores.» Conviene, en efecto, recordar que Inocencio habia prohibido el establecimiento de nuevas Órdenes. Francisco de Asis se prosternó para jurar obediencia y homenaje al Santo Padre; poco despues en 1209 envió á sus compañeros en todas direcciones. «Partid, decia al momento de despedirse, viajad siempre de dos en dos. Alabad á Dios en el silencio de vuestros corazones hasta la tercera hora; solo entonces podréis hablar. Haced que vuestra súplica sea sencilla, humilde y de tal naturaleza, que haga honrar al Señor por el que os oiga. Anunciad en todas partes la paz, y empezad por guardarla en vuestras almas. No os dejéis llevar nunca por el odio y por la cólera, ni os desviéis del camino que habeis cogido; porque nosotros estamos llamados á llevar al camino recto los que se desvian, á curar los heridos y enderezar los estropeados... «La pobreza es la amiga, la desposada de Cristo; la pobreza es la raíz del árbol, la piedra angular y la reina de las virtudes. Si nuestros hermanos la abandonan, nuestros lazos están rotos; pero si se adhieren á ella, si dan de ello ejemplo al mundo, el mundo se encargará de alimentarles.» Francisco pasó luego dos veces á España, á la Siria y al Egipto. Honorio III concedió á los Franciscanos (*fratres minores*) el privilegio de predicar y confesar en todos los lugares en que se presentasen (1223). Sin embargo, la Órden se impuso la mision de predicar mas bien con la práctica que de palabra. El genio de san Francisco ha inspirado los acentos mas suaves de la literatura mística. El espíritu interior anima por todas partes su regla, que no puede ser adoptada de nadie antes de los quince años y sin un prévio año de noviciado. Los votos de castidad, obediencia y pobreza se exigen con todo rigor; ningun miembro tiene derecho de poseer nada ahora ni en lo futuro; los hermanos deben, ante todo, guardarse de la hipocresia y de una piedad mezquina; manifestar una dulce alegría en el Señor, una disposicion permanente para servir á amigos y enemigos, inocentes y criminales, pobres y ricos. Tal debe ser el carácter de un Franciscano. El Santo redactó una regla para su dis-

cípula y amiga espiritual la bienaventurada santa Clara de Asis (1224), la que habia fundado una Órden análoga para las mujeres<sup>1</sup> desde el año 1212 (*Ordo sanctae Clarae*).

Francisco se vió obligado tambien á instituir una cofradía cuyos miembros, viviendo en el mundo, anudaron las relaciones íntimas entre la Órden de san Francisco y los legos, que en todas partes le aseguraron una ancha y sólida base (*tertius ordo de poenitentia, tertiarii*, 1221). El Santo no sabia preparar discursos meditados y escritos anticipadamente, como el que tenia que pronunciar delante del papa Alejandro y los cardenales en 1217; pero sus improvisaciones respiraban una elocuencia incomparable, cuando salian ardientes de su corazon. Nada mas admirable que el profundo sentimiento de la naturaleza por el cual se le acercaban<sup>2</sup> criaturas, y atraía á sí los animales de los campos y los pájaros del aire que interpelaba como hermanos y hermanas queridas. Los himnos de san Francisco son de una grande elevacion y deben ser colocados entre las mas magnificas producciones de la poesía cristiana<sup>3</sup>. Obtuvo una multitud de indulgencias de la Santa Sede y grandes gracias del cielo para el rincon de tierra (*portiuucula*) en donde fue edificada su celda y donde construyó la iglesia de Santa María; santuario de predileccion, testigo de sus éxtasis, y verdadero centro de su Órden. El bienaventurado Santo se identificó de tal manera con los padecimientos terrestres del Salvador, que se le apareció Jesucristo bajo la forma de un Serafin, é imprimió en su carne las señales de las llagas de la pasion<sup>4</sup>, cuyos dolores llenaban al Santo de una alegría divina. Tendido desnudo sobre el

<sup>1</sup> *Holstenius-Brockie*, t. III, p. 34 sq. y para la regla de la tercera Órden, *ibid.* p. 39 sq.

<sup>2</sup> «Como habia apagado en sí el pecado, dice *Garres*, las consecuencias del pecado original tambien habian desaparecido completamente de él. La naturaleza llegó á ser su amiga; obedeció á la energía de su voluntad; los animales entraron en relaciones familiares con él, de la manera que segun las tradiciones antiguas obedecian al hombre antes de la gran catástrofe.» (*Católico*).

<sup>3</sup> *Garres*, San Francisco considerado como trovador. Véanse sus poesias, y sobre todo la Salida del sol. Los cánticos en aleman é italiano. *Francf.-sur-le-Mein*, 1842.

<sup>4</sup> *Raynald*. ad. an. 1237, num. 60. *Wadding*. ed Rom. t. II, p. 429. Cf. *Garres*, *Myst. crist.* t. II, p. 240.

enlosado de la iglesia, espiró como un Serafin cantando su triunfo el 4 de octubre de 1226: «Feliz, exclamaba, de ser al fin libertado y «de encontrarse en el seno del Señor.» Gregorio IX canonizó á san Francisco en 1228; y Benedicto XII estableció para los Franciscanos la fiesta de la impresion de las llagas de san Francisco (*festum stigmatum S. Francisci*), la cual fue general en tiempo de sus sucesores (17 de setiembre).

Domingo pertenecía á la poderosa casa de Guzman: nació en Caleruega el año de 1170. Estudió cuatro años en la universidad de Palencia (después se trasladó á Valladolid), recibió el presbiterado de manos del Obispo de Osma, y luego fue elevado á canónigo. Se ocupaba Domingo constantemente de la felicidad y desgracias de los hombres. En aquellos tiempos, había enviado Inocencio III al Mediodía de la Francia á los monjes Cistercienses para convertir á los herejes; esta mision no dió el resultado apetecido, con motivo, según decía Diego, obispo de Osma, de haberse manifestado en el aparato de la Religion triunfante en vez de deponer toda pompa exterior, ir á pié, y confirmar sus predicaciones con el ejemplo de una vida mortificada. Poquito á poco los misioneros, que en vano habían bañado con sus sudores esta tierra desolada, acabaron por abandonarla: solo Domingo perseveraba en su resolucion. Diez años se transcurrieron para él en esta obra ingrata, y su palabra pacífica, sus súplicas y su paciencia inalterable formaban un contraste consolador con la sangrienta Cruzada poco antes empezada contra los Albigenses. Finalmente, después de haber madurado su resolucion, Domingo fué á Roma en 1215, y presentó á Inocencio III el proyecto de dotar á la Iglesia de un nuevo medio de defensa, combinando la vocacion del monje con la del cura secular. El Pontífice prescribió la regla de san Agustin modificada por la de los Premonstratenses, que aun permitia la propiedad. Honorio III, según las predicciones de su ilustre predecesor, dió á los miembros de la Orden el nombre de *Frailes predicadores* (*praedicatores*) con el derecho de entregarse en todas partes á la direccion de las almas. También las mujeres tuvieron parte en el nuevo Instituto (*sorores de militia Christi*). Su objeto especial era asegurar la salvacion de las almas anunciando la fe, que es la única que puede darla. La predicacion y la ense-

ñanza, que eran las principales armas de los Dominicos, no les privaban de entregarse á todas las obras útiles al prójimo. El aspirante tenia un año de noviciado, después del cual era preciso dedicarse nueve años á estudios filosóficos y teológicos para figurar dignamente en las universidades y cátedras cristianas. Cuando el monje español halló más tarde á san Francisco, quiso refundir las dos Órdenes en una; pero este le dijo: «Por la gracia de Dios «las leyes, la austeridad y el mismo objeto de nuestras congregaciones establecen entre ellas profundas diferencias, á fin de poder «servir la una de estímulo á la otra, y que pueda irse con Vds. el «que no se halle bien entre nosotros.» Esta declaracion no permitió la fusion proyectada por Domingo; con todo, de ello surgió un parentesco fundamental, puesto que en el capítulo general tenido en Bolonia en 1220, colocó el Santo su Orden en el número de los frailes mendicantes. Contó con la virtud de sus sucesores, no menos que en la caridad de la gran familia cristiana, y así fue que les legó la herencia permanente de una recíproca correspondencia de sacrificios de los unos por los otros.

Esta conformidad se hizo sentir también en la jerarquía: los Franciscanos tuvieron un guardian y los Dominicos un prior para dirigir cada uno de los conventos, y en Roma tenían un general (*minister generalis, magister ordinis*) que gobernaba todo el cuerpo. Además por una y otra parte se estableció un *definidor* (*definitor*) para representar y presidir la comunidad, y aconsejar á los altos funcionarios. Los capítulos provinciales vigilaban y reglamentaban los conventos particulares, y un capítulo general dominaba toda la Orden. Domingo terminó su vida tan bien empleada amenazando á cualquiera que se atreviese á poner estorbos en su Orden con riquezas temporales, el día 6 de agosto de 1221, y Gregorio IX llenó de alegría á toda la cristiandad canonizándole en 1234. Los frailes Predicadores se extendieron rápidamente en Europa. Los boloneses, por un piadoso agradecimiento, se gozaron en adornar el sepulcro de Guzman; y los más célebres artistas desde el pisanó Nicola hasta Miguel Ángel Buonarrotti, llevaron á ella el tributo de su talento, y asociaron su gloria á la de Domingo. El austero Dante glorificó á ambos fundadores presentándolos como los verdaderos héroes de su siglo.

§ CCXLVIII.

*Influencia de las Órdenes mendicantes en la época. — Oposición que encontraron.*

Cuando estos religiosos, asegurados con sus privilegios, y mas aun con la ardiente fe que les habian legado sus fundadores, se dedicaron á la salvacion de las almas, se creyó en un principio que la Iglesia volvía á su primitiva juventud; y una veneracion universal seguía sus pasos <sup>1</sup>. Las Órdenes mendicantes fueron al propio tiempo uno de los mas sólidos apoyos del papado, que les habia concedido grandes privilegios. Lo que les daba mas influencia era el derecho de poder enseñar, del que se valieron los Dominicos con el mejor éxito. Efectivamente, habian reconocido desde un principio que el único medio de alcanzar consideracion pública era ilustrarse con la ciencia y tomar lugar en las universidades. Ya en 1230 lograron una cátedra en París; y muy luego los buenos oficios del obispo y del canciller les facilitaron dos de teología, en lugar de los curas seculares que las ocuparon antes que ellos. Los nuevos titulares fueron Rolando y Juan de San Egidio. Al propio tiempo los Franciscanos tuvieron pretensiones semejantes, y el gran teólogo de su Orden, Alejandro de Hales, alcanzó la primera cátedra de la universidad <sup>2</sup>. Por los siglos XIII y XIV las Órdenes mendicantes ocuparon el mas elevado puesto en la ciencia teológica. Santo Tomás de Aquino fue la gloria de los Dominicos; san Buenaventura, y mas tarde Duns-Escot, muerto en 1308, fueron el honor de los Franciscanos; unos y otros las antorchas y columnas de la Iglesia. Los Dominicos se distinguieron por el celo incomparable por las misiones: la Bulgaria, la Grecia, la Armenia, la Persia, la Tartaria, la India, la Etiopia, la Irlanda, la Escocia, la Dinamarca, la Suecia, la Polonia, la Rusia y la Prusia, fueron unas despues de otras el teatro de sus excursiones apostólicas. Visitaron los pueblos en que la fe habia sido predi-

<sup>1</sup> *Matth. Par.* ad 1243-1246. Cf. *Emm. Roderici*, nova Collectio privil. apost. Regul. mendicant. et non mendicant. Antwerp. 1623, in fol.

<sup>2</sup> *Bulaci*, Hist. Univers. Parisiens. t. III, p. 838 sq.; p. 244 sq.

cada, pero en que no habia echado hondas raíces, y donde era sofocada por una multitud de antiguas supersticiones. Las primeras brisas que empujaron embarcaciones europeas á la Groenlandia llevaron allá los frailes Predicadores: y al principio del siglo XVII los holandeses no fueron poco sorprendidos al hallar allí un convento de Dominicos, del que ya habia hecho mencion en 1280 el capitán Nicolás Hani.

Sin embargo, tales esfuerzos y buenos resultados excitaron los celos del Clero secular, y particularmente de las universidades, de lo cual provinieron ataques manifiestos; y la rivalidad de las dos Órdenes dió por desgracia muy á menudo lugar á legítimas quejas. Pues, á pesar de sus comunes tendencias, la diversidad de las opiniones teológicas produjo conflictos frecuentes entre ellos <sup>1</sup>. Esta opinion contra las Órdenes mendicantes estalló en el ataque violento de Guillermo de Santo-Amor que los comparó con los Fariseos <sup>2</sup>. Santo Tomás de Aquino y san Buenaventura se encargaron de la apología de sus hermanos <sup>3</sup>. Sus respuestas humillaron profundamente á Guillermo; y las dos Órdenes, tan bien defendidas, recogieron el fruto de la victoria.

§ CCXLIX.

*Divisiones de los Franciscanos.*

En el momento en que san Francisco habia emprendido su segundo viaje á Siria y Egipto, y confiado el gobierno de la Orden á su vicario Elias de Cortona, el carácter menos austero de este último ya habia hecho nacer un partido, que deseaba alguna sua-

<sup>1</sup> *Matth. Paris*, ad ann. 1239, nos refiere la disputa animada que se suscitó entre las dos Órdenes sobre la prioridad de la una ó de la otra.

<sup>2</sup> *Gulielmus*, de Pericul. novissim. temp. 1236. Op. Constant. 1632. Par. ed. *J. Alethophilus* (Cordesius). Cf. *Natal. Alex.* Hist. eccl. saec. XIII, c. 3, art. 7.

<sup>3</sup> *S. Thomas*, contra Retrahentes à religionis ingressu; contra impugnantes Dei cultum. (Opp. Par. t. XX). *Bonaventura*, Lib. apolog. in eos qui ordini Minor. adversantur; de Paupertate Chr. contra Guil.; Expositio in regulam fratrum Minor. (Opp. Lugd. 1778, t. VII). Cf. *Raumer*, Hist. de los Hohenst. t. III, p. 645. Cf. Coll. cath. contra pericula imminencia Eccl. per hypocritas, etc. (*Du Pin*, Bibl. de los autores ecl. t. X).